

Ignacio Gómez de Liaño

EL JUEGO  
DE LAS SALAS  
DE SALAS

 Siruela

Libros del Tiempo

## Índice

<i>El viaje y el juego</i> por Ignacio Gómez de Liaño	9
MUSAPOL	13
EL JUEGO DE LAS SALAS DE SALAS	215
<i>Procedencia de las imágenes</i>	289
<i>Agradecimientos</i>	293

## El viaje y el juego

Un viaje —el viaje a *Musapol*— que culmina en forma de juego —*El Juego de las Salas de Salas*—.

Un viaje en el que los dos protagonistas —Alejo y Jaime— salen de sí mismos a fin reconocerse al mirarse el uno en el otro. Eso es lo que viene a ocurrir en todos los grandes viajes. Es lo que ocurre en la *Odisea*, en la *Eneida*, en el *Quijote*, en el *Criticón*. Son viajes en los que el héroe va en busca de sí mismo y aspira, también, a ir más allá de sí mismo.

Y eso es lo que les ocurre a Alejo y Jaime. Cuando, tras su largo caminar, llegan, al fin, a la cumbre de la montaña, y ante su atónita mirada se les revela la fantástica, la enciclopédica ciudad de Musapol, trazada con un urbanismo hecho de geometría a la vez que de sabiduría, entonces, en ese trance, principia otro itinerario: el de *El Juego de las Salas de Salas*. Un juego que funciona como una máquina de hacer poesía, como una máquina oracular, como un instrumento de exploración. Anunciado en las reuniones que un grupo de seres excéntricos tiene en un lugar de Madrid próximo al Viaducto, ese juego se insinuará, a lo largo del relato, en los lugares más insospechados, y transfigurará las andanzas que han hecho, hasta ese momento, Alejo y Jaime.

El viaje que se cierra al avistar Musapol y que, desde esa ciudad, se abre a *El Juego de las Salas de Salas* tiene como precedentes

los que relaté en otras dos novelas: *Arcadia* (1981) y *Extravíos* (2007).

En *Arcadia* el solitario Aurelio, tras arribar en barco a Grecia, emprende un viaje que le lleva desde las luces aurorales de Olimpia hasta el enigmático crepúsculo de Delfos. Conforme recorre los legendarios yacimientos del país, va excavando los estratos más profundos de su psique. Lo interior se reviste con la forma de las ruinas. Unas ruinas que no son sino la desquiciada personalidad del viajero, al que aguarda su recomposición, su despertar, su renacimiento incluso, en el santuario donde la Sibila pronunciaba sus enigmas.

*Extravíos*, como ya lo dice la palabra, es un girovagar que discurre por los lugares más extraños de China, Japón y otras partes del Extremo Oriente. En esa obra se relata cómo Celso va elaborando un juego que tendrá su culminación y broche de oro en *El Juego de las Salas de Salas*.

Los experimentos poéticos que lleva a cabo Celso en la islita de Coloane, cerca de Macao, que yo visitara en varias ocasiones en los años ochenta y primeros noventa, se inspiran en los juegos que realicé en la Ibiza de la segunda mitad de 1972, según se puede ver en *En la red del tiempo 1972 1977. Diario personal* (2013) y, también, en *Musapol*. Fue allí, en Ibiza, donde se gestó *El Juego de las Salas de Salas*. Bien es verdad que, en *Musapol*, la isla mediterránea se combina con el Xinjiang uigur, el desierto de Gobi, los Montes Celestes, la mongola Buriatia y los demás remotos lugares por los que transcurre el relato que protagonizan Jaime y Alejo.

Se da la circunstancia —*significativa*, a mi modo de ver— de que las imágenes que encarnan mis experimentaciones poéticas de entonces y que acompañan ahora a *El Juego de las Salas de Salas*, han sido el núcleo de la exposición que, con el título de *Los Juegos del Espinarío. Experimentaciones poéticas*, hice en el Museo de Arte Contemporáneo de Ibiza en la primavera de 2016, cuarenta y cuatro años después de haberlas iniciado en aquella isla donde las tumbas fenicias y la no localizada del caudillo cartaginés Aníbal salían a recibir a los jóvenes de mi generación, que íbamos

a ese, para nosotros, ombligo del mundo con la fáustica idea de reinventar la vida.

*El Juego de las Salas de Salas* y el viaje a Musapol que precede a *El Juego* son, en suma, el intento de hacer de la vida un viaje, de hacer del viaje un juego, de hacer del juego una ciudad y de hacer de la ciudad un experimento poético que es también un experimento psicológico y un experimento con la vida y con las letras.

Una última clave. La ciudad de Regio donde empieza la historia que se relata en *Musapol* se inspira en una legendaria ciudad de la provincia de Soria, a la que me fui a vivir en los años noventa del pasado siglo tras volver de los viajes que me habían llevado por el Extremo Oriente. Allí trabé amistad con personas fascinantes. Muchas de esas personas ya no están entre nosotros, pero ocupan un lugar de honor en los archivos de la memoria y del afecto. Y también en las páginas iniciales de este libro.

EL AUTOR

MUSAPOL

Regio es una pequeña población amurallada. Si se la mira desde lejos parece un áspero bloque de piedra suspendido del cielo. Y si es un día de tormenta y uno se encuentra en el valle que la rodea como una corona de espinas, se la podría confundir con la ciudad que en el Apocalipsis baja de los cielos en medio de truenos y relámpagos. El día en que empieza esta historia Regio era el teatro de una tormenta de verano. Los truenos hacían retumbar las calles y las plazas, el ruinoso palacio de la plaza Mayor, las rojizas portadas de las iglesias, los sillares amoratados de la alta torre de la colegiata, cuyo afilado remate unía a la ciudad con el cielo. Fascinado por la vehemencia de los elementos, Alejo se había acercado al balcón. Llevaba ya un buen rato de pie, mirando cómo caían torrentes sobre las losas ocre y desiguales de la plaza. Aunque eran solo las seis de la tarde, parecía de noche y que el otoño había llegado mucho antes del tiempo que le tiene marcado el calendario. Alejo giró la cabeza y miró hacia el sofá donde yacía una mujer arropada con una manta.

—¿Sigue el dolor? —preguntó de forma algo rutinaria.

La mujer entreabrió los ojos y respondió con un gesto que trataba de ser una sonrisa y una disculpa.

Había algo fúnebre en la escena, pues la interrupción del fluido eléctrico había obligado a encender algunas velas. El salón hacía pensar en una capilla ardiente, bastante exótica en verdad,

pues la chimenea estaba adornada con bronce chinos, de las paredes colgaban pinturas tibetanas y encima del sofá se extendía un rojizo tapiz de Jotán. Las llamas de dos candelabros se reflejaban en un espejo de marco dorado, pugnando con las huestes de la oscuridad. La mujer dejó caer la cabeza hasta que la barbilla encontró apoyo en el pecho. Sus pálidas facciones estaban ligeramente contraídas.

—Tranquilízate —la intimó Alejo—. La tormenta se está alejando.

Unos minutos después se produjo el milagro. Por el balcón entró un glorioso rayo de luz, que esmaltó de oro un fragmento de la pintura tibetana que con sus nueve ruedas pobladas de figuritas destacaba sobre una consola de madera lustrosa. El cielo resplandecía con un azul cristalino, pero la sensación otoñal no se había disipado.

Alejo se sentó al pie del sofá.

—Eres... terrible —dijo la mujer con un susurro, y permaneció en silencio, sin fuerzas para seguir, pero pensando la frase que no había logrado articular: «Te gustan las tempestades como si hubieras nacido en el cráter de un volcán».

Alejo se sintió alegre. Del énfasis de Alma dedujo que se encontraba mejor, y posó la mirada en las dos cartas que había recibido por la mañana. Estaban encima de una mesa baja en cuyo tablero octogonal un artista hábil había pintado una rosa de los vientos de modo que las agujas de tonos metálicos apuntaban a los doce signos del zodiaco.

La primera de las dos cartas le anunciaba la inminente publicación del libro en el que había trabajado los años anteriores. Era un libro de viajes en los que la historia se fundía con la leyenda: el viaje de Moisés subiendo de Egipto a la Tierra Prometida, el de Jasón buscando el Vello de Oro, el de Ulises errando por un mar lleno de monstruos, el de Arthur Gordon Pym magnetizado por los blancos abismos del Antártico. Los relatos tenían que ver con la búsqueda de algo supremamente importante e indefinible. Era como si de esas exploraciones dependiese la posibilidad

de descubrirse y conocerse, como si uno tuviera que explorar el mundo para encontrarse a sí mismo, como si el hombre estuviera al término de todo, a la manera del punto que origina una perspectiva.

Junto a la misiva del editor, había otra, procedente de Moscú, en la que se le invitaba a viajar a la Siberia oriental. Esa región —en concreto, el país de los buriatos— era el escenario donde Alejo había situado el último relato de su libro. La coincidencia le impresionó, pues aunque en la segunda carta solo se le proponía viajar a Irkutsk, capital de la Siberia oriental, Alejo se dio cuenta de que a pocos kilómetros de esa ciudad, al otro lado del lago Baikal, empezaba Buriatia, una vasta y despoblada región de la que eran originarias algunas de las principales estirpes mongolas y de la que se había embebido mientras preparaba el libro.

Por la mañana, comentó con la mujer el contenido de las cartas, sin ocultarle la decisión que había tomado.

—Es una oportunidad para conocer uno de los pocos países donde todavía están vivos el chamanismo y el tantrismo. Deberías acompañarme...

La mujer no pensaba tal cosa. Esgrimió un buen número de argumentos que hacían desaconsejable el viaje.

—Jaime no ha elegido el mejor momento. ¿No te parece absurdo desaparecer cuando debes estar aquí para el lanzamiento del libro?

Alejo replicó algo, en tono divertido.

—Además —siguió la mujer, cada vez más excitada—, ¡a buena hora se acuerda de ti! Lo que pasa es que él tiene que hacer ese viaje, y ese viaje... le asusta.

Alejo se rio satisfecho, pues esa mujer, a la vez tímida y voluntariosa, le demostraba estar más identificada con sus intereses que él mismo.

—Todo eso ya lo he pensado, mi querida Alma. También yo me aprovecharé de él... No se podrá negar a acompañarme.

—¿Por qué no se va a poder negar? —preguntó, sorprendida. Alejo parecía estar esperando la pregunta.

—Me necesita —pronunció con énfasis—. Olvidas que cuando dejamos de vernos, algo quedó pendiente entre nosotros.

—Hablas como si no existiese el tiempo.

—El tiempo ha pasado, claro que ha pasado, pero hay cosas con las que ni el tiempo puede.

Después de un silencio, el hombre siguió hablando con los ojos bajos, para sí mismo:

—Hay que poner un poco de orden en ese tiempo mío que le pertenece. Y hay que ayudarle a poner un poco de orden en ese tiempo suyo que me pertenece.

La mujer volvió la cara hacia el respaldo del sofá. Alejo se quedó mirando la parte de atrás de su cuello, un fragmento alargado de piel traslúcida sobre el que se formaba un rebelde remolino de pelos castaños y en el que se destacaban algunas venas azules y palpitantes.

—Él interpretó de una forma muy ligera el interés que me había inspirado, pero yo pequé de prepotente cuando levanté entre los dos una barrera infranqueable. Esa barrera, que a mí podía molestarme como cuando nos enredamos en una zarza y nos araños las piernas, para él fue una losa que aplastaría a cualquiera y, con más razón, a alguien que apenas tenía veinte años.

—¿Por qué te empeñas en llevar las cosas tan lejos? —balbuceó la mujer y luego, con un tono más vivo, dijo con impaciencia—: Te engañas si piensas que Jaime es un ser angelical.

—Angelical o no —replicó él sin perder la calma—, lo cierto es que tenía su parte de razón. Me excedí queriendo organizar su vida. A menudo le decía que su defeción era una debilidad de la que se arrepentiría. En el fondo, me alegré cuando supe que su vida profesional le había decepcionado. «Me siento dentro de una trampa», me dijo una vez. El aire mundano que adoptó por entonces no era más que una huida, pero no hice nada para evitarlo. Una vez, después de estar años sin vernos, fuimos de excursión, me habló de sus problemas, y ¿cuál fue mi reacción? Estuve como un témpano. Todos hemos madurado desde enton-

ces —ahora se expresaba con firmeza—, y te confieso que me sentiría muy disgustado si rechazase su invitación.

Era inútil seguir. La mujer sabía hasta qué punto podía ser terco. Buscaba una de esas aventuras que tanto le gustaban, pero tuvo la sensación de que esta vez era otra cosa. Mientras seguía echada en el sofá, dio rienda suelta a su imaginación. Les veía en Moscú, en Siberia, Dios sabía dónde, hablando incansablemente, sondeándose con avidez, empeñándose en un juego en el que cada uno representaría los papeles más diversos. A quien los mirase desde fuera le resultaría difícil resolver si eran amantes, o enemigos, o los negociadores de dos potencias rivales, o dos analistas que se ofrecen el uno al otro en una especie de festín.

Pasada la tormenta, Alejo propuso salir a dar el habitual paseo de la tarde, pero ella se excusó.

—Temo que te ha molestado mi decisión...

Alma hizo gesto de no entender, pero, al notar su insistencia, se vio obligada a replicar con aspereza:

—¡Cómo te gusta sacar las cosas de quicio!

—Son unos celos absurdos...

—¿Celos? ¡No seas ridículo! —Su sonrisa era teatralmente dulce, pero sobre todo irónica—. No pienses que esas ideas tuyas tan filantrópicas me convencen.

Alejo se rio.

—Siempre me admira tu perspicacia. Después del paseo —cambió el tono— iré a casa de Diego y Berta. Recuerda que dan una copa.

Al verlo bajar por la escalera, pensó que aquel hombre tan imprevisible estaba demasiado acostumbrado a salirse con la suya.

Mientras paseaba por el camino que rodea las murallas, con el sol reclinándose sobre el horizonte, Alejo pensó en el viaje, y de ahí pasó a recordar el día que conoció a Jaime. Fue una tarde de primavera de hacía quince años. Delante se extendía el verdor del gran parque y, como telón de fondo, se dibujaban las cumbres azuladas de la sierra. Alejo fue el primero en llegar a la terraza, acompañado de Lucila. Unos minutos después apareció

Gabriel, el hermano de Lucila. Iba con un amigo algo más joven, al que presentó como Jaime. Este se esforzaba en disimular el nerviosismo que le producía la perspectiva de conocer a Alejo. Sabía que era íntimo de Lucila, y a él le fascinaba todo lo que se refería a la hermana de su amigo. Le gustó desde el primer momento. Notó el entusiasmo que Alejo ponía en lo que contaba, y se sintió muy halagado al advertir la favorable impresión que había hecho en aquella persona de la que tanto había oído hablar. Se propuso hacer todo lo posible para convertirlo en su guía, en su amigo. Contra todo pronóstico, lo consiguió de la manera más fácil, y así, unos días después, empezó a visitarlo.

—Sin embargo —pensó Alejo con los ojos vueltos hacia el sol poniente—, ya en esos primeros encuentros hubo un equívoco.

El equívoco tenía que ver con la idea que cada uno se formó del otro. En la personalidad de Alejo había una dualidad que no se discernía a primera vista. Si se le veía en una reunión, se hacía notar por su ingenio, por su insultante seguridad, por su autosatisfacción. Esos rasgos, que podían hacerle tan seductor o tan desagradable, no desaparecían en una relación más íntima, pero quedaban empañados por un talante agónico, casi trágico, que Jaime no había sospechado. Mientras que para Alejo esas dos vertientes eran complementarias (podía ser optimista y pesimista a la vez, pues era lo primero en relación con la vida y lo segundo a causa de su inteligencia), para su joven amigo esa dualidad fue un descubrimiento que le causó zozobra. Jaime detestaba todo lo que tuviese visos de tragedia. Lo que él buscaba en su nuevo amigo era la ligereza de su ingenio, no la profundidad de su inteligencia; las cualidades luminosas del fuego, no aquellas por las que puede quemar hasta el tuétano.

Se confundió cuando quiso explicarse a sí mismo tan inesperada dualidad. Creyó que el lado sombrío de la personalidad de Alejo venía de que, en el fondo, se sentía abrumado, como él mismo, por las exigencias de la vida, cuando en realidad procedía del uso que hacía de su inteligencia, y que su lado optimista tenía que ver con la claridad de esta, cuando en realidad le venía

a Alejo de la seguridad que sentía ante la vida. Como Jaime veía al revés esa doble ecuación de vida, inteligencia, optimismo y pesimismo, era natural que se sintiese desconcertado, sobre todo porque él sentía la vida como un peso abrumador, mientras que en la inteligencia veía el camino que podía llevarle al estado de tranquilidad que tanto necesitaba. A partir de esas premisas se explica que cada uno viese en el otro la promesa de una gran amistad, y que ambos, a la postre, estuviesen ciegos para todo lo que la amenazaba.

A ese equívoco se sumaba otro no menos grave, pues también Jaime era un ser dual. Su dualidad no era solo la de que en público se mostraba circunspecto y serio, mientras que en privado daba rienda suelta al fondo ligero, vagamente melancólico de su personalidad. Era otra cosa, que Alejo no logró comprender. Jaime tenía una conciencia excesiva de la dualidad que había, no ya en su personalidad, sino en su anatomía. «Mi cuerpo —decía de sí mismo— está en pugna con mi cabeza». El contraste que había entre el aspecto algo infantil de su rostro y el desarrollo de su cuerpo eran para él una obsesión. Pero Alejo no hacía caso cuando su joven amigo se quejaba de que su cabeza y su cuerpo eran como dos extraños condenados a vivir juntos.

El equívoco inicial se hizo dramático porque Alejo no daba demasiada importancia a lo que no entendía. Para él estaba claro que la cabeza debía mandar y el cuerpo obedecer, y tanto mejor si la cabeza estaba adornada con una gracia que hacía patente su distinción. Era absurdo que el cuerpo quisiese dar lecciones a la cabeza o incluso sustituirla, pues aunque esas ideas eran moneda corriente en los círculos donde se leía a Nietzsche, Alejo no les otorgaba demasiada importancia, primero, porque él no sentía su cuerpo, pero sí sus pensamientos, y segundo, porque algunos de los que predicaban esas teorías podían presumir de cualquier cosa menos de sus cuerpos.

Alejo había descendido, casi sin darse cuenta, hasta el pie de la montaña. La amurallada Regio gravitaba sobre su cabeza, en las alturas, como un bastión orgulloso y desafiante. Llevaba un

buen rato sentado en el brocal de un abrevadero cuyo interior contenía una maraña de hierbas y zarzas. Como si fuera una fecha enigmática, alguien había escrito en el revestimiento de cemento: *Año 1938*. «Yo no había nacido todavía», pensó, pero luego se corrigió: «Sin embargo, ya existía la cadena causal en uno de cuyos eslabones estaba escrito mi nacimiento». Una dorada avispa revoloteaba sobre la pila con movimientos en apariencia incoherentes. A cien pasos, como si fuesen centinelas, se erguían dos árboles de ancha copa, tan iguales que parecían gemelos. Su verdor y opulencia contrastaban con la aridez de la tierra que los rodeaba.